

durante cierto tiempo, banco comercial, caja de rentas, recaudación de contribuciones y señorío político.

Unicamente los genoveses podían hacer frente a Venecia en materia comercial, de allí, pues, que ambas fuesen las dos principales entidades en Italia en el comercio, y que su organización política se haya diferenciado de los demás estados italianos, porque las mismas necesidades de su comercio exigían formas particulares, lo que hace que podamos llamar a Génova una república comercial.

Venecia

La historia de Venecia aparece en contradicción con la de Florencia. Esta última, partiendo de un gobierno aristocrático, llega a la más completa igualdad democrática, para luego caer en el despotismo de uno solo. Venecia en cambio, procede lentamente, firmemente y con orden a constituir un gobierno aristocrático, fuerte, que gobernó a un Estado tan vasto como fué el de Venecia en forma admirable; lo que hizo que se lo considerase como el mejor organizado y el más moral de Italia.

Venecia consolida la república y se hace potente estableciendo un gobierno hereditario; en cambio, Florencia pretende conservar su igualdad mudando los magistrados.

Venecia fué fundada por los refugiados italianos que poblaron la laguna huyendo de las invasiones bárbaras. No habiendo llegado hasta allí estas invasiones, se explica el por qué no encontramos en Venecia ni las instituciones ni el feudalismo que aparece en el resto de Italia.

Al principio, Venecia no fué sino una confederación formada por sus doce islas, cada una de las cuales constituía un municipio que elegía un tribuno. Estos doce tribunos, se reunían para tratar los asuntos generales de lo que po-

díamos llamar esta confederación indeterminada. Debido a que estas islas tendían por naturaleza a separarse en su gobierno, desde ya que lo estaban en su territorio, fué necesario unir las, estableciendo un gobierno único.

Con este propósito, se estableció el gobierno del dux, gobierno que era vitalicio. Al principio, el dux se eligió por sufragio universal. Pero debido a que estas elecciones se hicieron turbulentas y expuestas a intrigas y desórdenes, fué necesario recurrir a la suerte y a combinaciones extrañas. En su origen el dux era elegido por el pueblo como lo dijimos, pero desde 1173, lo es por once electores; el Gran consejo elegía cuatro comisarios y cada uno de ellos diez electores, número que se elevó a cuarenta y uno en 1249. Así fué hasta 1278, fecha en que apareció un método complicado. En una urna se ponían tantas bolas de cera como miembros del Gran consejo había, y treinta de estas contenían una papeleta que decía « Elector ». De los nueve primeros que sacaban estas bolas, dos eran eliminados y los otros siete nombraban cuarenta electores que siguiendo el mismo método de eliminación, venían a quedar reducidos al número de doce. El primero de estos doce elegía a tres y los once restantes a dos, resultando por lo tanto, veinticinco electores, que debían ser confirmados por nueve bolas. Luego, estos veinticinco, por el mismo procedimiento, quedaban reducidos a nueve y cada uno de éstos indicaba cinco electores, lo que formaba un total de cuarenta y cinco electores en cuarto grado; los cuales por lo menos habían de ser confirmados por siete votos. Los ocho primeros de los cuarenta y cinco designaban cuatro electores y los tres últimos tres; resultando cuarenta y un electores de quinto grado; que puestos a votación debían ser confirmados por nueve bolas, de las once que quedaban. Si alguno de estos últimos no reunía en el consejo la mayoría absoluta, era eliminado y

los consejeros inscritos en las últimas once bolas los substituían por otros. Así tenemos que un procedimiento de cinco sorteos y cinco escrutinios producían cuarenta y un electores definitivos. Estos electores nombraban tres priores para presidirlos y además, dos secretarios. Todos se encerraban en una sala, de la cual no salían sin haber elegido al dux. Cada uno era llamado por orden de edad e inscribía en una papeleta el nombre de su candidato, el que debía tener por lo menos treinta años de edad y pertenecer al Gran consejo. Los secretarios luego sacaban a suerte una por una las papeletas y leían el nombre que contenían. Para que se pudiesen hacer las objeciones necesarias se hacía esta lectura. Después se votaba y el que obtenía por lo menos veinticinco votos, era elegido dux. Lorenzo Tiépolo fué el primer dux elegido de este modo, en 1278.

Después del dux, encontramos en Venecia el Consejo mayor (*Maggior consiglio*). En 1172, después de la muerte de Vitale Michiel II, se estableció que cada barrio nombraría anualmente doce electores que elegirían cuatrocientos ochenta personas para formar este Gran consejo.

A mediados del siglo XIII la renovación anual no se hacía ya por doce electores, sino con un colegio de cuatro que nombraba anualmente cien consejeros, y por otro colegio de tres que elegía los sucesores de los que muriesen o renunciasen al cargo de consejero.

El dux en un principio, tomó la costumbre de consultar a seis consejeros en los asuntos del gobierno; lo que produjo como consecuencia que no pudiese tomar más tarde ninguna resolución sin la asistencia de esos seis consejeros. Más tarde, se estableció por la constitución los sesenta « Pregati » o « Senadores » elegidos por el consejo. Es así como los nobles entraron a formar parte del gobierno. Pues el Gran consejo estaba constituido por la aristocracia del di-

nero formada a raíz del comercio y de la industria venecianos.

En casos excepcionales y cuando se trataba de discutir asuntos de interés general y de capital importancia, para los intereses de la república; se convocaba al pueblo a reunirse en asamblea, que tomaba el nombre de « Arengo ». Pero veremos como poco a poco el *Maggior consiglio* va adquiriendo influencia, y la aristocracia termina aboliendo el Arengo y limitando la autoridad del dux.

De la reunión de los tribunales de las islas, se formó el « Supremo tribunal de cuarentía (garantía) criminal » que fué adquiriendo, — a parte de sus atribuciones judiciales, — atribuciones civiles como colegio intermedio entre el Gran consejo y la Señoría (senado). Más tarde, los jefes del Tribunal de Cuarentía, fueron designados miembros perpetuos de la señoría.

El sello del Estado permanecía en poder del Gran canciller, que tenía derecho a ciertos honores, era inamovible e independiente de la autoridad del dux. Tenía derecho a asistir a las reuniones del Gran consejo y pertenecía a la clase media de la sociedad veneciana.

Tres abogados ejercían las funciones del ministerio público del Estado y atendían los intereses del Estado, en los asuntos privados. Vigilaban por el fiel cumplimiento de las leyes; la recaudación de los impuestos; llevaban el registro de nacimientos de los nobles y del nombramiento de magistrados. Su veto suspendía por treinta y un días los actos de los magistrados, menos los del Consejo; podían vetar hasta tres veces, pero después debían manifestar al Consejo las razones de su oposición.

Cuando los Dándolo se hicieron famosos por las conquistas, despreciaron a los demás nobles venecianos. A la muerte de Juan Dándolo, clamaron los nobles irritados contra esa familia y fué elegido dux Jacobo Tiépolo — magistrado del pueblo —, el cual, de carácter débil, apeló a la fuga. Los nobles entonces eligieron como dux a Pedro Gradenigo, que se propuso vengarse del pueblo, humillándolo.

Hizo expedir una ley por la cual, para formar el Gran consejo, los jueces del Tribunal de cuarentía debían sortear uno por uno los individuos que durante los últimos cuatro años hubiesen formado parte del Gran consejo, los que reuniesen doce de los cuarenta votos serían miembros de aquella asamblea; tres de éstos deberían redactar luego otra lista, suplemento de la primera, con nombres que se sortearían igualmente quedando admitidos los que obtuviesen los doce votos reglamentarios. De este modo la elección del Gran consejo pasó de manos del pueblo a la del Tribunal y habiéndose en 1389, prohibido la admisión de otras personas en su seno, fué hereditario, excluyéndose por consiguiente algunas familias nobles, como los Badoeros que no tenían en ese entonces ninguno de sus miembros en el Gran consejo.

En el tiempo del dux Juan Soranzo, se decretó que el Tribunal de cuarentía debía llevar un « *Libro de oro* » en el que se debían anotar todos los ciudadanos mayores de diez y ocho años, capaces de desempeñar las magistraturas y los empleos públicos.

Se suprimió la renovación periódica del Gran consejo y se abolieron los electores; estatuyendo que los que tuviesen veinticinco años y reuniesen las condiciones requeridas fuesen inscritos en el *Libro de oro*, para así poder formar parte del Gran consejo.

Vemos, pues, cómo va adquiriendo importancia y se va imponiendo la aristocracia, que limita la autoridad del dux y asimila a todos los demás poderes al del Gran consejo. Debido a la exclusión de tantas personas pertenecientes a las familias nobles, a las magistraturas por la falta de inscripción en el libro de oro, se produjeron descontentos y buscando apoyo en el pueblo bajo se produjeron conspiraciones. Algunas de éstas tan enérgicas, que hicieron casi perder el equilibrio al gobierno de Venecia. Una de ellas fué la encabezada por Quiriní y otra por Baiamonte Tiépolo, que fueron ahogadas en sangre.

Se instituyó el « Consejo de los diez », que era un tribunal que por juicio sumario condenaba a muerte cualquier tentativa de revuelta (1340). En un principio, tuvo carácter temporal, pero luego fué declarado permanente y se le calificó como el más firme vínculo de la concordia pública.

La Inquisición de Estado, establecida primeramente con carácter temporal y después permanente (1454), no tenía facultades para sentenciar sin el acuerdo del Consejo de los diez; eran de su competencia los puntos referentes al clero, las seis cofradías de la ciudad, todos los negocios civiles y comerciales, etc. Sus propias leyes obligaban al senado y al Gran consejo; disponían del erario, daban los reglamentos para los departamentos de la administración y hasta llegaron a condenar a muerte al jefe de la república. Pero cuando se trató de condenar a Mariano Faliero, fué llamado a formar parte del seno del Consejo de los diez una junta de veinte nobles; organización que continuó en esta forma hasta 1582.

Este Consejo de los diez impidió que las familias poderosas usurpasen el poder y se impusiesen por la fuerza. Por lo cual fué amado por el pueblo, debido a que lo protegía contra las pretensiones de los patricios.

Pero aun va adquiriendo más preponderancia y amplitud la aristocracia; su poder y facultades van aumentando reduciendo las del dux, quien se vió poco a poco atar de manos.

Aparecen los « Corregidores de la promesa ducal », que en cada interregno redactaban, discutían y establecían los pactos que se impondrían al nuevo dux elegido. Se crean « Tres inquisidores del dux difunto », que eran los encargados de revisar las cuentas de la administración del dux muerto sobre su tumba, teniendo en cuenta el juramento prestado por aquél, al hacerse cargo del gobierno. Juramento que se fué poco a poco restringiendo y que fué para el dux una renuncia a sus antiguas prerrogativas y hasta de su propia libertad personal.

Los Corregidores reformaron la organización del Consejo del dux, e hicieron que no fuese ya elegido por el dux, sino por el Senado y por último, se necesitó la confirmación de la elección por el Gran consejo. Sus seis miembros duraban ocho meses en su cargo, renovándose por mitad cada cuatro meses. No podía haber dos que tuviesen el mismo apellido ni que fuesen del mismo barrio. Ellos revisaron toda la correspondencia del dux y hacían las proposiciones al Senado y al Gran consejo. El dux no tenía sino un voto como ellos.

Además, con el propósito de que la soberanía fuese vigilada por la administración, se ordenó que formasen parte del Consejo del dux, los tres jefes de la Cuarentía, tomando parte en las funciones de ese Consejo.

No pudo, como antes ya el dux, recibir embajadas, ni correspondencia, ni dar respuestas, sin previa consulta al Consejo. No podía ya llamarse al dux « *Domine mi* », sino que había que llamarlo « Señor dux ».

No pudo ya tener el dux fuera del Estado : ni feudos, ni

percibir censos, ni rentas, ni bienes inmuebles de ninguna especie. Para casarse con una extranjera, como para casar alguno de sus hijos con extranjero o extranjera, necesitó la autorización del Consejo.

Estas restricciones al poder del dux por la aristocracia llegaron a ser hasta ridículas, cuando se prohibió al dux gastar más de mil francos en el recibimiento de extranjeros; no poder dentro de los seis primeros meses de su elección, comprar vestidos de brocado de oro, ni poder recibir él ni su familia, ninguna clase de regalos. A un conjunto de leyes semejantes estaban sometidos los nobles. Los capitanes extranjeros a quienes Venecia confiaba la dirección de sus guerras eran vigilados por los « proveditores » elegidos por la aristocracia; no quedaba a la plebe otra carrera para ejercer su actividad que la navegación y el comercio.

De aquí que Venecia quedó exenta de los disturbios que afligieron a las demás ciudades de Italia, el poder de la aristocracia la salvó de las extravagancias populares. No obstante, si bien la nobleza ejerció allí el despotismo, en ciertas ocasiones no dejó de ser amada por el pueblo. Si bien los Diez espantaban a los nobles ambiciosos, este espanto no se extendía al pueblo, como ya lo hemos dicho.

Venecia era asilo de los príncipes caídos y las costumbres eran libres como más tarde lo fué la imprenta.

El progreso y el esplendor que vemos alcanzar a Venecia en la época que nos ocupa, se debe a que la principal preocupación del pueblo veneciano es el comercio. También se dedicaron los venecianos a la industria y a la navegación.

Para poder ejercer su comercio, Venecia tuvo que extender su dominio por el Adriático y el Oriente, con el propósi-

to de tener así una línea sucesiva de puertos o factorías que sirviesen de escalas a los comerciantes venecianos. Con este fin, descendieron en primer lugar a lo largo de la costa Dálmata, para establecer su poderío en el Adriático. Por otro lado, avanzó hasta cerca de Adda; ocupó Ravenna, Cervia, Rímini, Faenza, Casena e Imola en la Romaña. En el Trentino tenía Roveredo y sus dependencias, ciudades a las cuales impuso su comercio.

Hacia el Este, Venecia adquirió derechos sobre los puertos de Siria, tales como Sidón, Tiro y Acre.

En el archipiélago se apoderó de varias islas, como consecuencia de repartos de los despojos de la cuarta cruzada.

Como consecuencia de su amplio y productivo comercio Venecia se acarreó como enemigos a dos Estados italianos que se dedicaban a esa misma actividad. Nos referimos a Pisa y a Génova. Pero Venecia logró sobreponerse a ambas, debido a que destruyó la potencia genovesa en Chioggia en 1284. Los genoveses, habían derrotado ya a Pisa en Meloria en 1284. Es entonces, después de haber eliminado a sus rivales comerciales, que Venecia se dedica a la política interna de Italia, figurando en las intrigas de esa. Siendo dux Juan Dándolo, es cuando más se extendió por el Oriente el poder veneciano, aspirando a que prevaleciera sobre los pisanos y como el emperador de Constantinopla no le inspirase confianza se unió a sus enemigos para ayudar a conquistar aquella ciudad. Obtuvo así como recompensa un barrio en Constantinopla y una parte del imperio que se hallaba diseminada en las costas, desde el Ponto Euxino al Mar Negro.

La posesión de Constantinopla aseguró a los venecianos la entrada del Mar Negro, al cual iban a parar los tributos de comarcas vastísimas y ricas en producciones varia-

das. El Danubio los comunicaba con Bulgaria, Servia,, Hungría y la Valaquia.

En Trebizonda poseyeron un barrio que les facilitó grandemente el tráfico cómodo y rápido con la Armenia, Persia y la Mesopotamia. En todas éstas, que podríamos denominar factorías establecieron los venecianos formas para facilitar el comercio, adelantadas en relación a la época; fundaron bancos de descuento, cambios, etc.

Los venecianos de Constantinopla, recibían para que los gobernase, un podestá nombrado por el dux de Venecia y el Gran consejo; había también en Constantinopla un grande y un pequeño consejo que asesoraba a este podestá; seis jueces encargados de administrar justicia que entendían en cuestiones civiles así como en las cuestiones comerciales que se suscitasen; dos camarlangos, encargados de la administración de las rentas; dos abogados encargados de defender los intereses del fisco en las cuestiones judiciales en que éste se hallase en juego y por último, también enviado de Venecia, como los demás, un capitán de escuadra.

Candia, isla de gran importancia para el comercio veneciano, fué cedida a Venecia por Bonifacio de Monferrato, conjuntamente con los créditos contra el emperador Alejo por cien marcos de plata y por un territorio en la Macedonia oriental. El gobierno de esta isla fué arreglado con más esmero por Venecia que el de las demás colonias. Había allí muchos sarracenos, aunque reducidos a servidumbre y los naturales de la isla que tenían un carácter pérfido e inconstante, lo que hacía que sobrellevaran con trabajo la dominación impuesta por Venecia. A fin de establecer allí una colonia en forma, fueron escogidos hombres de todos los barrios y se asignaron ciento treinta y dos feudos de caballeros y ciento ocho de escuderos. Gobernaba un duque elegido por dos años; las demás magistraturas eran semejan-

tes a las de Venecia. Es importante hacer notar que los venecianos tenían gran amor por su constitución y organización política. Así se explica, cómo vemos en las colonias establecido el gobierno con estructura semejante a la de Venecia. Llegaron los venecianos a aplicar esta organización a bordo de las naves.

El gobernador de la isla de Creta tomó el título de duque de Candia, era elegido por el Gran consejo de Venecia y tenía como secretario a dos consejeros. Había también en Creta, un Gran consejo (Gran consejo de Creta) constituido por los nobles venecianos residentes en la isla y los nobles cretenses. Como todas estas colonias dependían del gobierno de Venecia, el dux hacía halagar por los nobles que pretendían obtener en dichas colonias empleos lucrativos. Muchos ricos venecianos, se dirigieron a esas costas a establecer sus residencias a la vez que a dedicarse al comercio.

Se formó de esta manera en las colonias venecianas una aristocracia del dinero, que fué quitando poco a poco y concluyó por no reconocer ninguna soberanía a los naturales sobre su territorio. Con el trato que tuvieron estos aristócratas ricos con los caballeros francos durante las cruzadas, se enorgullecieron y comprendieron que podían dominar a la plebe y despreciarla.

Para colonizar ciertos territorios, en los cuales era imposible establecer formas de gobierno como las descritas, Venecia empleó un sistema feudal, calcado en el empleado por los francos; dando los feudos a familias ricas, que se obligaban a dar fuerza efectiva a sus títulos y a mantener los territorios sometidos a la república de Venecia. Esos nobles debían abonar al Estado un tributo nominal.

Los venecianos se consideraban señores del Adriático y exigieron derechos a los barcos que pasasen de una línea

trazada de Ravenna al golfo de Fiume. Esta era una cosa nunca vista, era cerrar un mar común a los ribereños. Debido a ésto, tuvo guerras Venecia con los boloñeses afectados por este tributo; pero derrotados por Venecia, no tuvieron más remedio que pagar la cuota. Julio II quiso impedir este exceso y pidió al embajador veneciano Jerónimo Donato, presentase el documento en que se hacía concesión del golfo a la república; pero éste tuvo una respuesta admirable, que nos demuestra la libertad con que siempre habló Venecia al pontificado, a pesar de profesar sentimientos religiosos; dijo que esa concesión, estaba escrita al dorso de la donación que hizo Constantino a San Vicente.

Para la defensa de todas sus colonias, Venecia tuvo necesidad de organizar un servicio de vigilancia. El capitán del Golfo, como se le denominaba al del Adriático, tenía su cuartel general en las islas Jónicas y era responsable de la seguridad de los mercaderes que navegaban hacia aquellas islas, así como los que navegasen por las aguas de la Morea hasta Mordón y Corón. Desde la Morea a los Dardanelos, respondían de la seguridad de las embarcaciones los feudatarios venecianos de las islas griegas. Y los Dardanelos, el Mar de Mármara, el Bósforo y el Mar Negro, eran recorridos y vigilados por la escuadra de este último.

Hemos visto ya a grandes rasgos, que Venecia era un pueblo esencialmente navegante; y era navegante porque era necesario que lo fuese para su comercio. Las fortunas que se formaron en Venecia, no eran patrimonios exclusivos de un corto número de personas enriquecidas con el sudor del pueblo. En Italia, la holgura tenía por causa al lujo, que a su vez era favorecido por el comercio, manantial de grandes riquezas traídas del extranjero.

No era considerado el comercio como una desocupación

deshonrosa, sino que las principales personas de la ciudad hacían de él su ocupación.

Este activo comercio trajo como consecuencia el nacimiento de instituciones adelantadas para facilitarlas. Con éstas, las operaciones fueron más fáciles y extensas; se crearon en Constantinopla y en otras ciudades de Oriente donde los venecianos tenían asientos comerciales, bancos de descuento, de cambio, etc.

El Estado mismo, se preocupaba de facilitar este comercio construyendo buques que vendía al mejor postor. Tenían la característica éstos, de ser de las mismas dimensiones; así como también lo eran sus accesorios, con el propósito de facilitar las reparaciones, encontrándose repuestos en todas las factorías venecianas.

Todos los años salían seis flotas : una al Mar Negro, otra a Grecia y Constantinopla, otra a los puertos de Siria, otra al Egipto, otra a Berberia y por fin, una se dirigía a Inglaterra y Flandes.

Las rutas e instrucciones de estas flotas, eran discutidas y minuciosamente redactadas por la señoría. Juraban seguir estas instrucciones al pie de la letra, tanto los oficiales como las tripulaciones. El Estado reglamentaba no solamente las dimensiones de las anclas, la calidad de las amarras, sino también la línea de flotación, permitiendo a los buques nuevos una línea de flotación superior a la de los viejos. Se comprenderá el gran conocimiento que tenían y práctica adquirida de la navegación por los venecianos, cuando vemos ordenar al Estado que todos los barcos sean de las mismas dimensiones y lleven el mismo lastre, para que en caso de tempestad no se dispersasen. Las seis flotas antes indicadas, se componían de trescientos treinta barcos tripulados por treinta y seis mil hombres.

En este comercio encontraba el Estado un recurso finan-

ciero, cobrando derechos a la importación y a la exportación (*tavola dell'entrata e tavola dell'insida*); el Estado también ejercía el monopolio de la sal y cobraba impuestos a los gremios (*tanza della milizia, tanza insensibile, etc.*); estos impuestos eran la fuente principal de los ingresos del Estado veneciano, y alcanzaron en 1500 la elevada suma de 1.145.580 ducados. Los géneros eran el principal ramo del comercio. Se exportaban muchos y se traían también del exterior. El pueblo, temiendo siempre el hambre, exigía a sus magistrados tuviese los graneros siempre bien provistos y los venecianos como los genoveses sacaban sus provisiones de Berbería y Cerdeña.

Los tejidos que llegaban a Venecia y Milán eran estimados en un valor de 900.000 ducados al año y las telas gruesas en 100.000. Para facilitar los préstamos a los particulares sin caer en manos de los usureros fueron creados en Venecia a semejanza de los demás establecidos en Italia, los montes de piedad. Los préstamos se hacían a tan bajo interés que apenas cubrían los gastos de administración.

Después de la derrota sufrida por Pisa en Meloria y de la destrucción de Grecia por Turquía, las grandes operaciones de comercio se circunscribieron a Venecia y a Génova; la única que podía competir con Venecia era Génova. Los venecianos y genoveses se habían hecho ceder por los emperadores de Oriente la isla de Tenedos; la ocupación de este lugar dió origen a la guerra de Chipre, que fomentaron las ligas de los estados de tierra firme y especialmente el odio de Francisco Carrara, a quien la señoría veneciana había despojado de Padua. Durante las guerras que la república sostenía por tierra, Víctor Pisani llevó a la victoria a la república por mar, pero embarazado por las rivalidades que existían entre los gobernantes fué derrotado en Pola. Génova aprovechó entonces el momento propicio para des-

cargar un golpe decisivo sobre su rival. Habiendo equipado una excelente escuadra mandada por Ambrosio Doria, se apoderó de Chioggia y estableció su cuartel general en Malamocco; estaba el enemigo tan cerca, que Venecia prohibió tocar las campanas de San Marco, que debía convocar a los ciudadanos a fin de que esta señal no fuese oída.

Carrara se regocijaba por la humillación sufrida por aquellos arrogantes patricios y Doria enviaba embajadores que decían : « No escucharé ninguna proposición hasta que haya puesto freno a los caballos de San Marcos. » A algunas proposiciones de rescate respecto de prisioneros genoveses respondía : « Dentro de pocos días los rescataré sin tener que aflojar la bolsa. »

El pueblo de Venecia, desesperado, pidió apoyo a su antiguo general Víctor Pisani, que había sido puesto preso después de la derrota de Pola. Equiparon los nobles treinta galeras a su costa, fortificase Venecia con ayuda de estos recursos generosos y no sólo es salvada por Víctor Pisani, sino que son derrotados los genoveses y obligados a rendirse a discreción en Chioggia.

Bajo los auspicios de Amadeo de Saboya fué concluída la paz de Turín, que privó a los venecianos de sus posesiones de tierra firme; Génova también se encontraba exhausta de dinero y escasa de naves; se hallaba arruinado su comercio y era víctima de rencillas internas.

En tanto que Génova descuidaba su independencia, Venecia, por el contrario se mostraba muy celosa de la suya, recobró poco a poco sus posesiones de la Dalmacia, se extendió por Hungría y Grecia, obtuvo voluntariamente a Corfú y conquistó a Napoli de Romaña, a Argos, a Durazzo, antigua posesión angevina, y recuperó también el Treviso. Añadió además a su territorio, Beiuna y Udina, que quitó a sus antiguos enemigos los patriarcas de Aquilea.



Este fué el momento de mayor esplendor que tuvo Venecia, con el tiempo se había afianzado el poder de la nobleza, que concluyó por descollar en política, en tanto que sus feudatarios se dedicaban al ejercicio de las armas. Tenía la metrópoli 180.000 habitantes y su edificación era estimada en un valor de 7.000.000 de ducados o sean 30 millones de libras. La casa de moneda acuñaba anualmente 1.000.000 de ducados de oro, 200.000 monedas de plata y 800.000 sueldos, lo cual ponía cada año en circulación 18.000.000 efectivos. Una deuda de 40.000.000 de ducados fué extinguida en menos de diez años, independientemente de 70.000 ducados prestados al marqués de Ferrara. Había en Venecia más de mil patricios que gozaban de una renta oscilante entre cuatro y 70.000 ducados, a pesar de no necesitarse más de 3000 ducados de renta para tener un magnífico palacio (un palacio comprado por la Señoría para regalarlo al señor de Mantua, Luis de Gonzaga, costó 6500 ducados).

A fines del siglo xvi, los venecianos contaban con 3345 barcos con una tripulación de 38.000 marinos. Su arsenal tenía empleados mil operarios.

Anualmente el valor transportado por la flota, en mercancías, era de 10.000 ducados; siendo el beneficio que se obtenía el quinto de la suma total. Únicamente a Lombardía se enviaban mercaderías por valor de 2.799.000 ducados, sin contar la sal; a Florencia por valor de 400.000 ducados. En 1490 el tesoro de Venecia arrojaba la suma de 1.200.000 ducados, la cuarta parte de lo que recaudaba Francia y el doble del estado milanés.

Los venecianos se habían hecho tan necesarios a Italia, que quien interrumpía con ellos las relaciones, forzosamente se veía reducido a la pobreza; tal cosa ocurrió a los napolitanos, cuyo rey Roberto se vió obligado a hacer la paz,

pues sus súbditos, desde que no mantenían relaciones con Venecia, no tenían dinero para pagar sus tributos.

No solamente tenían las posesiones que acabamos de enumerar en Occidente y Oriente, sino que también tenían los venecianos desde Astracán hasta el interior del Africa numerosos almacenes desde donde distribuían sus mercancías para toda Europa.

Los venecianos introdujeron hasta entre los armenios, que habían conservado alguna independencia en la extremidad del Asia menor, su comercio; pues allí era el centro de la fabricación de camelotes, telas de pelo de cabra, de Patagonia y Angora, siendo su intención no solamente exportar sus tejidos, sino también fabricarlos por cuenta propia.

Con el propósito de monopolizar que tenían los venecianos, convirtieron al Adriático en mar suyo, no dejando bajar ningún buque de los ríos de Italia, de Dalmacia o de Istria, sin visitarlo, como también impidiendo que otros dividiesen con ellos el comercio de Oriente. De allí, pues, que cuando el embajador de Lisboa Pedro Pascualigo anunció que los portugueses habían encontrado un nuevo camino para las Indias, habiendo Díaz descubierto el Cabo de Buena Esperanza, y Vasco de Gama, en 1497, lo había doblado, este acontecimiento fué considerado en Venecia como un desastre público.

En consecuencia, los venecianos quisieron hacer entender al sultán de Egipto que su país y su religión estaban en peligro y le ofrecieron armas y brazos para exterminar a aquellos recién llegados, pero un partido más generoso y a la vez más provechoso para la república hubiera sido unir al Mediterráneo con el mar Rojo a través del istmo de Suez, como se había propuesto en esa época.

La misma envidia de los genoveses los hacía duros con respecto a los mercaderes extranjeros, a quienes les impo-

nían dobles tasas, excluyéndolos de las comanditas y demostrándoles la aplicación de justicia. Hasta pretendieron los venecianos prohibir a sus súbditos establecer manufacturas en las regiones que no estaban sometidas a los derechos de aduana y a hacer uso de mercancías que no hubiesen pasado por Venecia.

El trabajo del interior tenía por objeto aumentar el valor de la materia prima; allí se fabricaban paños, armas y espejos; los refugiados de Luca introdujeron el comercio de la seda y se establecieron en un barrio inmediato al Rialto; la manufactura del cristal de Murano, recibió también gran incremento; se disponían cueros, el cáñamo se convertía en cordajes, el hilo en encajes, el bórax sacado de Egipto y China, únicamente era bien preparado en Venecia, donde se poseían secretos, así como para la preparación de otros medicamentos. También era considerable la fabricación de la cera, azúcar, licores, jabones, hilos de oro, etc., y la invención de la imprenta ocupó a muchos obreros venecianos.

Las manufacturas de Venecia estaban rodeadas de gran misterio, y en vez de buscar la superioridad en el progreso, se estancaban en una perezosa confianza, prohibiendo la concurrencia, y así veremos como el oficial de una corporación que llegaba a huir al extranjero con algún secreto, si llegaba a divulgar éste, era en primer lugar castigado en sus bienes, después en su familia y por fin se daba la autorización de darle muerte en cualquier parte que se le encontrase.

Clemente V había abolido toda clase de comercio con los infieles, so pena de multa que se paga al pontificado, pero los venecianos no hicieron caso de aquella prohibición, y muchos de ellos no tenían la absolución a su muerte sin la cancelación de aquella deuda, que muchas veces absorbía toda su fortuna.

Los oficios estaban organizados según el sistema de las corporaciones, establecidas en la misma forma que en el resto de Italia y Europa. Cada oficio constituía una cofradía, que elegía sus jefes por distintos procedimientos. Tenían las corporaciones la ventaja de asegurar la perfección de los productos.

La caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453 y el descubrimiento de las nuevas rutas, fueron un golpe fuerte para Venecia; pero ésta consiguió hacer en 1454 con Turquía un tratado que le aseguró el libre comercio.

Después de derrocado del poder el dux Foscari — que había ocupado el ducado durante treinta y cuatro años — Venecia comenzó a decaer, pero su decadencia fué heroica; abandonada de todos los italianos, se encontró sola frente al turco, y su flota formidable — que según escribía Girolamo Longo, era de 400 veleros que formaban una línea de seis millas de largo. — La república se armó y organizó la resistencia; mandó dinero a los persas para que lucharan contra Mahomet II. Pero todo fué inútil; Negroponte, Kaffa, Scutari y otras ciudades, cayeron, y Venecia, cansada de luchar sola contra el enemigo de la cristiandad, llegó a firmar una paz que le aseguraba el comercio y que, a pesar de las tristes condiciones a que la reducía, podía considerarse honorable. Todos los italianos temieron entonces al turco, y el colmo de su horror llegó cuando cayó la ciudad de Otranto; pero tuvieron la suerte de que aconteciese la muerte de Mahomet II y estallasen discordias en el imperio, razones por las cuales se retiraron las fuerzas turcas.

Sin embargo, esta prosperidad y esplendor del siglo xv encubren gérmenes de una decadencia incipiente. La co-

rrupción de los nobles, la tiranía sospechosa de los Díez, los primeros síntomas de quiebras bancarias, la depreciación de los fondos públicos y el aumento de la deuda del Estado de seis a trece millones, nos demuestran esa decadencia lenta. Las guerras continuaban engullendo tesoros y los territorios continentales fueron una sima donde se hundieron los recursos financieros de Venecia, pues para defenderlos necesitaba pagar tropas y capitanes aventureros, no pudiendo cobrar impuestos caros a sus posesiones si querían mantenerlas contentas.

Cesaron entonces las grandes virtudes, el heroísmo frente a los grandes peligros, y apareció el amor al lujo y al dinero en las clases elevadas; lucieron las mujeres ricas joyas y costosos trajes; las habitaciones fueron lujosos palacios. Los hombres, en cambio — dice el milanés Pietro da Casola — eran tan modestos y severos como antes. Esperaba Venecia completar la ruína de Italia para poder mejor dominarla, y así se explica cómo dejó pasar los Alpes al enemigo extranjero.

En la época de su esplendor, Venecia tenía una elevada posición a los ojos de los príncipes de Europa. Eduardo III le pidió cooperación en sus guerras con Felipe de Francia; le ofreció privilegios e invitó al dux a enviar sus hijos a Inglaterra. El papa propuso a Venecia tomase a su cargo la protección de la cristiandad, concediéndole los diezmos eclesiásticos por tres años.

Comines, relatando un viaje a Venecia, decía : « Es la ciudad más soberbia que jamás he visto, la que tributa mayores honores a los embajadores y a los extranjeros; la ciudad gobernada con más solicitud y la ciudad donde con más solemnidad se rinde culto a Dios. »

Aunque la clausura del Gran consejo formó una oligarquía típica, no creó odios de casta; todos eran ante todo

venecianos. El príncipe comerciante tenía todo un estado mayor de empleados, que obtenían ganancias con su habilitación. Sobraban al noble veneciano ocupaciones en qué emplear las horas del día, no siendo raro encontrar personas que abrazasen dos profesiones.

Liga de Cambrai. Guerras. Acontecimientos posteriores

La liga de Cambrai, que tan funestos resultados tuvo para Venecia y que se produce después del principio del siglo XVI, viene aún a contribuir a los desastres venecianos en su decadencia. Venecia en esos momentos había adquirido algunas ventajas sobre sus enemigos los turcos, y podía pensar en rehacer su poderío de antaño; cuando esta liga, promovida por sórdidas ambiciones y bajas envidias, arruinó más aun sus finanzas y su poderío. De todos modos no podemos decir que después de las guerras que sucedieron a la liga de Cambrai resultó por completo destrozada Venecia, pero su poder quedó muy disminuído y despojado de muchas de sus posesiones de tierra firme que con tanta labor y habilidad había conseguido. Por otra parte, después de estos acontecimientos surgen el emperador Carlos V y Francisco I, e Italia parece ser — como empezó a serlo y lo fué bajo Carlos VIII y Luis XII — una presa que se disputan el rey y el emperador y los lugares indicados para dirimir sus contiendas. La liga de Cambrai pertenece a lo que los historiadores franceses titulan guerras de Luis XII en Italia.

Realmente, el estudio de estos hechos puede efectivamente estudiarse bajo este título y con ese criterio, como también podríamos estudiarlo en la política del papado, lo mismo que las expediciones de Carlos VIII y Luis XII podrían

titularse guerras de Nápoles — ya que en ambos casos el objetivo fué Nápoles — o guerras del Milanesado, ya que éste tuvo importancia en esos acontecimientos. Creemos que eso depende del punto de vista en que se coloque, a no ser que se estudien los acontecimientos en sí mismos, prescindiendo de la mayor o menor importancia que un personaje o un Estado haya tenido en ellos.

Colocarse en un punto de vista semejante, es muy difícil, casi imposible, por la necesidad de relacionar los hechos históricos, y a nosotros no nos conviene ese método. Hemos preferido tratar de los acontecimientos guerreros en Italia según la república que se haya visto principalmente interesada en ellos; así hemos tratado de la expedición de Carlos VIII y de la de Luis XII al considerar la república de Milán, porque creemos que en nuestro estudio esas expediciones interesaron especialmente a la región milanesa y a la figura descollante de Ludovico el Moro; y hablamos ahora de la liga de Cambrai al referirnos a la historia de Venecia en la época del Renacimiento, porque creemos también que a ella particularmente le interesa y que su figura es la principal en las consecuencias y vistas de esta liga, ya que tuvo que hacer frente a varias potencias reunidas.

El origen de la liga de Cambrai debe buscarse en la política belicosa del papa Julio II. Veía este papa que el pontificado desde la altura de supremacía espiritual de la Edad media había bajado a ser un simple territorio y una potencia temporal como cualquier otro Estado de Italia. Concibió la noble idea de libertar a Italia de los extranjeros, idea que también tuvo Alejandro VI, pero que muchas veces subordinó a otros intereses menores. Los venecianos estaban en malas relaciones con dicho papa, pues tenían en su poder a Rimini y Faenza, que formaban parte de la Romaña, que pensaba adquirir para el pontificado Julio II;

también fomentaban los venecianos los desórdenes de los príncipes opuestos al pontífice.

Alióse en primer lugar con Luis XII, rey de Francia, y con esa ayuda ocupó a Perugia y Bolonia. Pero luego tuvo noticias de que Luis XII pensaba deponerlo y hacer ocupar la Santa Sede por el cardenal de Amboise, y en consecuencia Julio II se dirigió al emperador Maximiliano. Este, como se sabe, era completamente pobre, y más aun desprovisto de tropas. Convocó a sus Estados en Constanza pidiéndoles tropas, pero sólo le entregaron un reducido número a pesar de su elocuencia en demostrarles el peligro que representaba la ambición de Luis XII en Italia. Trató sin embargo de atacar a Venecia, pero los venecianos, fuertes con el apoyo de Luis XII que los sostenía, si no con tropas, con su influencia moral, rechazaron sus contingentes, teniendo que abandonar vergonzosamente — como casi todas sus expediciones — Maximiliano esa aventura.

Debemos mencionar que el papa Julio II era de origen genovés — eternos rivales de los venecianos, debido a la competencia comercial — y que si siendo cardenal los odiaba profundamente, más odio aun les tuvo una vez en el pontificado. Agregábase a ese odio, el hecho de impedir los venecianos sus miras de conquistas en tierra firme y la animadversión que éstos le manifestaban. Tampoco debemos dejar de lado la enemistad de Florencia con Venecia.

Después de la derrota del duque de Valentinois, Venecia se había apoderado de varias regiones de la Romaña, y además — hay que reconocerlo — pretendía dominar a Italia. Ya dijimos en otro lugar la opinión de Maquiavelo, que consideraba a Venecia como el mayor enemigo que tenía en Italia la libertad. Maquiavelo se ocupó, pues, de excitar al papa en sus enemistades contra los venecianos, ayudándole en esa tarea el cardenal florentino Soderini. Maquiavelo

creía de buena fe que esa era la buena conducta, aunque más tarde cambió de parecer y, consultado por León X, le aconsejó aliarse con Francia y Venecia.

El 6 de noviembre, el embajador florentino — Maquiavelo — presentó sus homenajes al papa Julio II, que días antes había ascendido al pontificado. Se ocupó, pues, de demostrarle el peligro de las ambiciones de los venecianos para la Santa Sede. El 10 Julio II le dijo a Maquiavelo que si los venecianos pretendían apoderarse de los dominios de la Santa Sede, pondría en contra de ellos a todos los príncipes de la cristiandad, y el 11, repitió lo mismo a Maquiavelo. Maquiavelo le insinuó que Florencia era muy débil para poder hacer frente a los venecianos. El 12 de noviembre el cardenal Soderini deja aterrizados a los demás cardenales con las siniestras perspectivas que eran de temerse de los venecianos. El 20, Maquiavelo remite a Julio II un despacho urgente de su gobierno, y en la carta que escribe para comunicar su misión, dice que el papa se ha mostrado muy afectado y que se convence que la insolencia de los venecianos le obligarán a reunir a los príncipes cristianos. Dice también en sus comunicaciones que todo está a punto de estallar. El papa, efectivamente, se decidió poco después; pero hombre de una habilidad política admirable, no quiso iniciar de inmediato las operaciones, sino que esperaba el momento propicio. Se dedica entretanto a adquirir algunos dominios por las armas y a convencer a los príncipes contra Venecia.

Los venecianos siempre habían sido aliados del rey Luis XII, y ahí estaba un serio escollo a vencer para los desig-nios papales; pero los venecianos cometieron un hecho que disgustó a su poderoso enemigo. Queriendo ir el emperador a Roma a coronarse, se lo impidieron, derrotándolo con sus tropas, mandadas por Alviano. Después de vencerle tra-

taron la paz con él sin mediar el rey, y éste se indispuso con ellos por haber pactado con el emperador sin su intervención. Se aleja, pues, de los venecianos el rey y se acerca a él el emperador.

El reparto de las posesiones de tierra firme que detenía Venecia, había sido ya determinado, y todos los príncipes querían algún despojo. Luis XII, que por un tratado había cedido Cremona y la Geradadda a los venecianos, se arrepentía de ello y pretendía todo el ducado que le había cabido en herencia. El rey de Nápoles reclamaba Trani, Brindes, Otranto, Gallípoli, Mola y Plignani, que había dado Fernando II en prenda a los venecianos. El duque de Saboya pedía Chipre, sobre la cual tenía títulos; las casas de Este y Gonzaga, los territorios sobre los cuales habían dominado en otros tiempos; la Hungría, las ciudades de Dalmacia y la Eslavonia. La Santa Sede ambicionaba Ravena, Servia, Cesena, Faenza, Imola y Rimini, territorios que habían sido de la Sede y de César Borgia. El emperador, por fin, exigía Padua, Verona y Vicencio, que no había podido quitar a los venecianos, y también a Roberedo, Treviso y el Friouli, en calidad de príncipe austriaco. Se ve que no eran pocos los deseos en juego. La heroica Venecia veía surgir por todos lados a príncipes que, incapaces de hacerle frente uno a uno, trataban de despojarla indignamente reuniéndose para aplastarla. Agreguemos también a todo esto que el cardenal de Amboise creía que se debía a la oposición de los venecianos que no había podido tomar la tiara.

La liga de Cambrai se confirmó el 10 de diciembre de 1508 entre el Imperio, Francia, España y la Santa Sede.

Lanzó el papa el entredicho sobre los venecianos, por el cual se les podía asesinar y vender como esclavos. Para colmo de desgracias, Venecia tuvo en los mismos momentos

anteriores a los combates grandes desgracias que la debilitaron. Había perdido el monopolio de las ventas de géneros en las Indias, lo que había disminuído sus rentas, un incendio devoró los archivos y 10.000 ducados mandados a Ravena se perdieron en un naufragio, y el fuego prendió en el polvorín de Venecia.

Los aliados de Francia no se mostraron muy belicosos al principio y sólo cuando los franceses hubieron vencido en Agnadel adelantaron en armas. Las tropas venecianas, mandadas por Nicolás Orsini y Bartolomé de Alviano, tuvieron que aceptar combate en Agnadel (14 de mayo de 1509). En este combate, a pesar del coraje de los hombres de San Marco, la suerte les fué adversa y fueron dispersados, quedando muerto en el campo de batalla Alviano.

El rey ocupa de inmediato a Peschara, Cremona, Bérgamo y Brescia. Los aliados del rey se precipitan entonces a recoger lo posible y Luis XII hizo disparar sobre Venecia para que se supiera que el rey de Francia había bombardeado la reina del Adriático. En Venecia reinó entonces el más profundo abatimiento. El Senado no perdió, sin embargo, la cabeza; la primera medida fué desligar a las ciudades pertenecientes a Venecia, para ahorrarles el horror de los saqueos que sufrían. Restituyó al papa sus dominios, lo mismo que al rey de Nápoles lo que fué de España sobre las costas, y trató de solicitar la paz de Julio II.

La estrella de la reina del Adriático, que parecía haberse apagado para siempre, volvía a brillar nuevamente. Era imposible, en efecto, que se mantuvieran unidos por mucho tiempo intereses tan contradictorios, como los que por un conjunto de casualidades se habían unido contra Venecia.

Por una parte, las ciudades que se habían desligado de ella, pronto se cansaron de las arbitrariedades de los alemanes. Trevisa se declara en su favor. Padua se subleva a

favor de San Marcos y Maximiliano bajó precipitadamente para sofocar el movimiento con unas tropas que todo lo devastaban a su paso. En el sitio de Pavía por franceses y alemanes, ninguno de los señores de ambas partes quería exponerse al peligro, y los alemanes se retiraron. Luis XII y Fernando no tenían ya motivos de agravio contra los venecianos, ya que tenían en sus manos lo que pretendían.

Y viene entonces lo principal : el cambio de actitud de Julio II. Venecia le ofreció lo que deseaba de la Romaña, con tal que los absolviera, y a pesar de los esfuerzos de los cardenales franceses, los venecianos Grimaldi y Cornaro se entrevistaron con el papa, y el 24 de febrero, en una ceremonia llena de pompa, éste absolvió a los venecianos. De resultas de este acto, el rey Luis XII y el emperador Maximiliano se indispusieron con el papa y entonces éste se apoyó en Venecia. El emperador de Alemania, que era un individuo tan ambicioso y engréido de sí mismo como incapaz de llevar a cabo ninguna de las empresas enormes que en su mente germinaban, no quiso nunca, después de la liga, reconciliarse y hacer la paz con los venecianos. Sus pretensiones eran ocupar definitivamente a Venecia y dividirla en tantas jurisdicciones como partes habían sido los aliados de la liga. Más aun : ¡siempre soñó con ceñir la tiara! El papa, desde luego, nunca tuvo amistad con el emperador y trató de embrollarlo con Enrique VIII de Inglaterra, lo que no consiguió; en cambio, obtuvo el apoyo del obispo de Sión, Matías Schneider, quien se comprometió a proporcionarle 6000 soldados. Siguió Julio II intrigando y arreglando su posición. Se granjeó las simpatías de Fernando de España, dándole la soberanía total de Nápoles, y excomulgó a Alfonso de Ferrara, porque éste, fiel a Francia, se rehusaba a entregarle Módena y Reggio.

Termina, podemos decir así, el papel de Venecia en este asunto de la liga de Cambrai, porque lo que vamos a exponer ahora son las maniobras de los papas Julio II y León X hasta el principio de la Edad moderna, que, como hemos dicho, se considera iniciarse con la reforma de Lutero. Trataremos de estos acontecimientos, ya que ellos se relacionan con Maquiavelo.

El papa seguía, pues, intrigando, y se dispuso a sublevar a los genoveses para que arrojasen a los franceses; pero éstos se apoderaron de Bolonia.

Las tropas francesas y alemanas invadieron al Veronesado, y entonces el papa llamó en su auxilio a los españoles de Federico Colonna, condestable de Nápoles. Para fomentar la sublevación de Génova, había enviado a su sobrino el duque de Urbino. Consiguió despojar de Módena al duque de Ferrara. Venecia, entre tanto, se apoderaba de Vicencio de los imperiales, y Julio II se adelantó a Bolonia.

Luis XII quiso combatir al papa con medios religiosos, y a tal efecto reunió en Tours un concilio de prelados franceses, los cuales decidieron que no tenía derecho el pontífice a combatir por cuestiones temporales y que, por lo tanto, podían atacarlo los príncipes; también anulaba por adelantado cualquier excomunión que expidiese en el futuro Julio II, y apelaban, además, a un concilio general. Julio II contestó a estas medidas expulsando a los enviados franceses y prohibiendo a los cardenales franceses de salir de Roma. A estos últimos los llamó Luis XII.

Entre tanto, las tropas francesas obtenían éxitos, y el 10 de octubre, Chaumont, virrey de Milán, y los Bentivogli, sitiaron al papa en Bolonia; pero supo engañarlos el pontífice con proposiciones fingidas de paz, hasta que llegaron en su salvación los venecianos y los españoles; Chaumont, después de haber tenido casi en sus manos a Julio II, tuvo

que retirarse, y Julio II se dirigió a sitiar a Mirándola, de la cual se apoderó el 21 de enero de 1511. Prosiguió su marcha a Ravena e Imola, y luego para las fiestas de Pascuas regresó a Bolonia. En ese momento, Francia y el emperador le ofrecieron la paz, pero se negó a tratar hasta tanto no se le diera a Ferrara.

En el mes de mayo de ese mismo año, el papa tuvo que huir de Bolonia a Ravena, apremiado por los franceses que mandaban los capitanes Trivulzio y Gastón de Foix. Dejó a Bolonia al mando de un favorito, el cardenal llamado Alidori, personaje vil que secretamente estaba vendido a los franceses. El 21 de mayo entró Trivulzio en Bolonia, pues el pueblo se había sublevado contra el delegado del papa, y luego Trivulzio conquistó a Mirándola, y el duque de Ferrara recobró sus dominios, que el papa le había anteriormente quitado.

El papa, enfurecido por esos reveses, reunió un tribunal de prelados, y ese tribunal acusó como culpable de las derrotas a su sobrino. Se entiende que el papa se había disgustado con él, a pesar de que el duque de Urbino decía que el descalabro se debía a Alidori. Pero el papa tenía más confianza en su favorito y expulsó a su sobrino. Este, al ser despedido así, salió iracundo del palacio pontifical, blasfemando contra el cardenal y jurando matarlo si lo hallaba. Lo encontró en una calle con algunos soldados; se precipitó sobre él, le obligó a bajar de su cabalgadura y le destrozó el cráneo con el pomo de su espada; ninguno de sus acompañantes se interpuso. Julio II estuvo como loco de ira y de dolor por la muerte de su favorito, y se retiró a Rimini.

Peores acontecimientos esperaban aún a Julio II. Se había

reunido un concilio en Pisa en el cual se habló de reformar la Santa Sede. Viendo el papa en peligro hasta su tiara, volvió a Roma y convocó al concilio de Letrán para el 19 de abril de 1512.

El 17 de agosto se enfermó gravemente el papa, a tal punto que todos se apresuraron a saquear el palacio, llevándose hasta la ropa que se encontraba en el Vaticano. No habiendo la mano férrea del papa, en Roma surgieron disturbios y hubo una tentativa de revolución por Colonna y Roberto Orsini. Pero el papa se restableció y fué tal su furor cuando se enteró de esa tentativa de rebelión, que Colonna se apresuró a esconderse y Roberto Orsini huyó a todo galope hacia Francia.

A raíz de los acontecimientos del concilio de Pisa, había un cisma existente entre los prelados romanos y franceses. En septiembre de 1511, Maximiliano, que seguía soñando con la tiara, se unía a Florencia y recomendaba a los príncipes alemanes el concilio de Pisa. Debido a que habían aceptado a los prelados cismáticos, Julio II lanzó el interdicho sobre Pisa y Florencia, y el 5 de octubre firmaba lo que se llama la Santa liga en contra de Francia. De acuerdo a lo pactado en esta liga, Fernando se dedicaría a atacar a Luis XII en la Navarra y en Italia. Entraban también en la liga los suizos, que se habían indisputado con Luis XII porque éste los había tratado de rústicos, y Enrique VIII. El mando de las tropas lo asumía Raimundo de Cardona, virrey de Nápoles.

El concilio cismático de Pisa, que se había reunido en esa ciudad, se vió en apuros por la hostilidad de Pisa, se trasladó a Milán, pero allí tampoco encontró ambiente.

Se produce en estos momentos la sangrienta batalla de Ravena. El Papa había hecho adelantar a los españoles hacia Bolonia y Ferrara junto con las tropas pontificales. Gaston de Foix, consiguió la abstención de los suizos mediante promesas de dinero, medio infalible con los suizos, y éstos se retiraron tranquilamente a su país. Gaston de Foix, que fué uno de los más grandes generales franceses, acudió a salvar a Bolonia; que sitiada por los confederados, estaba por caer en manos de ellos, y los confederados tuvieron que retroceder en la Romaña. Expulsó después Gastón a los venecianos, que habían tomado a Brescia y se encaminó sobre Ravena que detenía Colonna. Malas noticias recibía Gaston de Foix de Francia; el aliado del rey, el emperador abandonaba a Francia; debido a que era difícil mantener por más tiempo la noticia en secreto, se decidió el general francés a apresurar la lucha antes de que el enemigo se enterara de esa defección. La batalla se libró en Ravena y en ella pereció Gastón de Foix. El grupo que más resistencia opuso fué la infantería española, que en un bloque compacto, se oponía valientemente a los franceses. Irritado Gaston por esa resistencia, se lanzó a caballo contra el grupo. Casi a boca de jarro le fueron disparados los mosquetes y Gastón cayó de su caballo y fué ultimado con picas. Con la muerte de Gastón de Foix, perdía Francia su mejor general. Sólo contaba 22 años y en pocos meses, había ganado un gran número de batallas. Las primeras noticias recibidas en Roma, fueron contradictorias.

La batalla de Ravena costó la Romaña a Julio II y en Roma hubo la mayor desesperación entre los eclesiásticos, que rodeaban al papa. Pero la firmeza de ánimo de Julio II se sobrepuso al desastre y cuando todo parecía perdido, fué cuando Julio II, vió triunfar su política. Efec-

reunido un concilio en Pisa en el cual se habló de reformar la Santa Sede. Viendo el papa en peligro hasta su tiara, volvió a Roma y convocó al concilio de Letrán para el 19 de abril de 1512.

El 17 de agosto se enfermó gravemente el papa, a tal punto que todos se apresuraron a saquear el palacio, llevándose hasta la ropa que se encontraba en el Vaticano. No habiendo la mano férrea del papa, en Roma surgieron disturbios y hubo una tentativa de revolución por Colonna y Roberto Orsini. Pero el papa se restableció y fué tal su furor cuando se enteró de esa tentativa de rebelión, que Colonna se apresuró a esconderse y Roberto Orsini huyó a todo galope hacia Francia.

A raíz de los acontecimientos del concilio de Pisa, había un cisma existente entre los prelados romanos y franceses. En septiembre de 1511, Maximiliano, que seguía soñando con la tiara, se unía a Florencia y recomendaba a los príncipes alemanes el concilio de Pisa. Debido a que habían aceptado a los prelados cismáticos, Julio II lanzó el entre-dicho sobre Pisa y Florencia, y el 5 de octubre firmaba lo que se llama la Santa liga en contra de Francia. De acuerdo a lo pactado en esta liga, Fernando se dedicaría a atacar a Luis XII en la Navarra y en Italia. Entraban también en la liga los suizos, que se habían indispuerto con Luis XII porque éste los había tratado de rústicos, y Enrique VIII. El mando de las tropas lo asumía Raimundo de Cardona, virrey de Nápoles.

El concilio cismático de Pisa, que se había reunido en esa ciudad, se vió en apuros por la hostilidad de Pisa, se trasladó a Milán, pero allí tampoco encontró ambiente.

Se produce en estos momentos la sangrienta batalla de Ravena. El Papa había hecho adelantar a los españoles hacia Bolonia y Ferrara junto con las tropas pontificales. Gaston de Foix, consiguió la abstención de los suizos mediante promesas de dinero, medio infalible con los suizos, y éstos se retiraron tranquilamente a su país. Gaston de Foix, que fué uno de los más grandes generales franceses, acudió a salvar a Bolonia; que sitiada por los confederados, estaba por caer en manos de ellos, y los confederados tuvieron que retroceder en la Romaña. Expulsó después Gastón a los venecianos, que habían tomado a Brescia y se encaminó sobre Ravena que detenía Colonna. Malas noticias recibía Gaston de Foix de Francia; el aliado del rey, el emperador abandonaba a Francia; debido a que era difícil mantener por más tiempo la noticia en secreto, se decidió el general francés a apresurar la lucha antes de que el enemigo se enterara de esa defección. La batalla se libró en Ravena y en ella pereció Gastón de Foix. El grupo que más resistencia opuso fué la infantería española, que en un bloque compacto, se oponía valientemente a los franceses. Irritado Gaston por esa resistencia, se lanzó a caballo contra el grupo. Casi a boca de jarro le fueron disparados los mosquetes y Gastón cayó de su caballo y fué ultimado con picas. Con la muerte de Gastón de Foix, perdía Francia su mejor general. Sólo contaba 22 años y en pocos meses, había ganado un gran número de batallas. Las primeras noticias recibidas en Roma, fueron contradictorias.

La batalla de Ravena costó la Romaña a Julio II y en Roma hubo la mayor desesperación entre los eclesiásticos, que rodeaban al papa. Pero la firmeza de ánimo de Julio II se sobrepuso al desastre y cuando todo parecía perdido, fué cuando Julio II, vió triunfar su política. Efec-

tivamente, con la desaparición de Gastón de Foix, reinó la incertidumbre en el ejército francés y, por otra parte, la situación de los vencedores no era nada envidiable; en las costas francesas devastaba Enrique VIII, el concilio de Letrán, que se iba a reunir, acentuaría el cisma y por fin, una partida de suizos restableció en Milán al hijo de Ludovico el Moro, Maximiliano Sforza. La Palisse y San Severino, los generales franceses, no se entendían y el duque de Ferrara se retiró a sus dominos. La Palisse, creyendo que estaba por concertar la paz, no marchó sobre Roma, como debía haberlo hecho y regresó a Milán. Julio II, logró atraer a su partido a los Orsini, disminuyendo así a los aliados del papa y finalmente, el emperador llamó a los alemanes. De esta manera, todos los beneficios que los franceses podrían haber hecho a raíz de Ravena, quedaron anulados por estos hechos, sin que se librara ninguna batalla.

El concilio de Letrán, se reunió el 3 de mayo de 1512. Habló en la primera sesión el franciscano Gilles de Viterbes, declarando que la Iglesia había sido vencida y que solo por la fe y el ascetismo, llegaría a recuperar su poder. Pero al día siguiente, Tomás de Vio, de la orden dominicana, declaró que el papa era superior a los concilios y que estaba en su derecho al proceder en la forma que lo hizo. Esta fué una opinión que prevaleció y se anuló todas las disposiciones del concilio cismático de Pisa.

Restablecida su autoridad y aprobada su conducta, Julio II se alió de inmediato con el emperador, Venecia e Inglaterra, en contra de Francia. Esta liga tuvo por resultado la pérdida de Italia para Luis XII. En junio del año 1512, los suizos marcharon sobre el veronesado y poco después, se unieron a los venecianos. Milán se sublevó contra

los franceses, asesinándose a todo francés y La Palisse y Trivulzio tuvieron que retirarse. Las posesiones de Luis XII, quedaron reducidas en Italia a unas pocas fortalezas en la Romaña. Génova se había sublevado y Bolonia se entregó al duque de Urbino, vacilando Julio II en si debía o no destruirla. Para celebrar la liberación de Italia de los franceses, hizo Julio II iluminar Roma.

Trato Alfonso de Ferrara de ganar el favor del papa, pero éste le rechazó y le quitó Módena. No escapó a su marcha Florencia. Para castigarla, se resolvió restablecer los Médicis, de lo que se ocuparon los españoles. Restablecidos los antiguos señores florentinos, volvió a reinar en esa ciudad la más estrecha oligarquía. Florencia pagó a los españoles y entró entonces en la Santa liga. Italia quedó, pues, por el momento, liberada de los franceses, pero permanecían en ella los españoles, los suizos y los alemanes. Seguramente, Julio II estaría pensando nuevamente en nuevas operaciones para libertarla completamente de los extranjeros, pero la muerte lo sorprendió el 21 de febrero de 1513.

Al papa Julio II, sucedió León X, figura excepcional por el apoyo que prestó a los artistas del Renacimiento. Era el tercer hijo de Lorenzo de Médicis. Este solía decir de sus tres hijos, Julián, Pedro y Juan (León X), que el primero era bueno, el segundo extravagante y el tercero prudente. Efectivamente, León X tuvo que usar mucho de su prudencia en el papado.

León X, había nacido en Florencia, en 1475, y ya el 9 de marzo de 1489, fué nombrado cardenal. Asumió la tiara el 4 de marzo de 1513. El papa era muy poco conocido y todo el mundo cifraba esperanzas en él. Los Médicis pensaban que los ayudaría en sus necesidades materiales; los

artistas, los literatos y los poetas, viendo en él un Médicis, esperaban que los protegería; los teólogos esperaban por su parte, que iniciaría la época de la reforma en el papado, que la política temporal iba arruinando; y los políticos, por fin, esperaban en él un hombre sumiso.

Físicamente, no era bello; grueso de cuerpo con piernas delgadas, la cara gruesa y los ojos grandes de miope, no atraía físicamente, pero la atracción se producía cuando hablaba o reía. Era un hombre dado a la vida y sin ser inmoral, era afecto a los placeres de la vida. Era de un carácter muy alegre y le gustaban también que los demás, participaran de su alegría. Era afable, generoso y liberal; esta liberalidad le impedía tener dinero a disposición, a pesar de que las rentas de su estado ascendían a unos 400.000 ducados anuales, tan liberal era, que al decir de un contemporáneo, le era tan imposible guardar 1000 ducados como que cayese una piedra del cielo. Su corte, artística y literaria, fué la principal de la época.

Sus ideas políticas eran poder dar a su hermano Julián el reino de Nápoles y crear a su sobrino Lorenzo un reino en la Italia septentrional, que habría comprendido, Milán, la Toscana, Urbino y Ferrara. Pero las condiciones políticas de la época se opusieron a la realización de los proyectos de León X. Para llevar a cabo su idea del reino para Julián se unió al rey de Francia Luis XII, renunciando este príncipe a las decisiones del concilio de Pisa. Julián murió, León X dió a su sobrino Urbino, que había arrebatado por las armas, a su sobrino Lorenzo, y cuando éste falleció a su vez, ese dominio volvió a la Santa Sede. En ese momento, fué cuando Italia, a raíz del tratado de Noyón — que los historiados indican como final de la liga de Cambrai — devolvió un poco de paz a Italia, pero las diferencias entre Francisco I y Carlos V, pronto hicieron

que volviesen los disturbios, como ya se vió en parte al estudiar la evolución de Milán.

León X, colocado en medio de estados debilitados, engrandecido su territorio por las conquistas de Alejandro VI, y de su predecesor Julio II, podía haber este papa mantenido la balanza entre los dos rivales y asegurado la independencia de la Italia, pero sin elevación en su ambición, la comprometió por su alianza con el emperador Carlos V, consintiendo en que Nápoles se reuniese al imperio y Francisco Sforza se restableciese en Milán.

Era evidente, que la curia necesitaba una radical reforma y que sola ésa podía salvarla de un desastre completo. Quizás, si la reforma de Lutero no se hubiese producido, los papas pensando sólo en la política temporal, se hubiesen derrotado a ellos mismos definitivamente. Entre tanto, desde 1517, se desarrollaba la reforma de Lutero, que señala la Edad moderna.

Adriano VI, que sucede a León X en el trono de San Pedro, era por completo opuesto al carácter de León X, y se atrajo de inmediato hasta el odio de los italianos. Los atacó en su punto más sensible, en su amor por las artes, en su culto por la antigüedad. Esto es en parte explicable ya que este papa era extranjero y nunca pareció comprender el espíritu italiano del Renacimiento. Era natural de Utrech, de Holanda, y a los ojos de los italianos, no fué más que un « tedesco » y ese apodo de tedesco no pudo sino acentuarse cuando manifestó su desprecio por las artes. No comprendía, como dijimos, el espíritu italiano y llegó a hacer cerrar el Belvedere, y huyó delante del grupo de Lacoonte, diciendo : « he aquí la imagen de la idolatría pagana ». Estos desconocimientos de sus propios súbditos, nos permiten explicarnos que al fallecimiento del papa, que ocurrió el 14 de septiembre de 1523, al-

guno inscribiera en la fachada de la casa del médico del papa : al libertador de la patria, el Senado y el Pueblo romano; y que un letrado exclamase : « Si este furibundo enemigo de las musas, de la elocuencia, y de toda cosa de bellas artes, hubiese vivido más, se hubiera vuelto a los tiempos de la barbarie de los godos. »

En materia religiosa, inició las reformas que reclamaba la Iglesia, para resistir a la reforma de Lutero.

Después del papa Adriano VI, ocupa la Santa sede otro Médicis, Clemente VII; muy amado en Florencia con el nombre de Julio de Médicis. En los asuntos políticos, siguió las huellas de su antecesor; pero en las artes y en las letras, se diferenció de ellos, pues las protegió grandemente.

Maquiavelo tuvo relaciones con el papa Clemente VII. Después de la batalla de Pavía, le aconsejó al papa la formación de una milicia nacional; también, de subsidiar la banda negra de Juan de Médicis, de promover la formación de las fuerzas de Florencia. Estas medidas, según Maquiavelo, servirían para proteger al país de invasiones extranjeras. Pero no tuvieron estos consejos la acogida de Clemente VII.

De Clemente VII, derivó el saqueo de Roma de 1527; debido a los malos entendidos que tuvo con el emperador Carlos V y también, al poco tino de este soberano, que desencadenó sobre Roma verdaderas bandas salvajes. Dicen los historiadores, que este saqueo sólo es comparable al que se produjo cuando la invasión bárbara.

Carlos E. Dellepiane. Pablo Zaballa.